



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LAS ARCHIDIÓCESIS DE VERCELLI Y TURÍN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II DURANTE LA MISA DE BEATIFICACIÓN DE TRES SIERVOS DE DIOS

*Turín, Plaza Vittorio Veneto
Domingo 24 de mayo de 1998*

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos» (Hch 1, 8).

1. Jesús pronuncia estas palabras antes de su ascensión al cielo. Con ellas, traza a su Iglesia el futuro programa, la *misión*, y llama a realizarlo a cuantos han sido *testigos*.

Ante todo, a los Apóstoles, que habían «visto» los acontecimientos de la pasión: habían quedado desconcertados cuando él fue crucificado, y después se habían regocijado por su resurrección. En el misterio pascual, Cristo manifiesta toda la verdad de su filiación divina y de su misión mesiánica. En el camino de Emaús, explica a los dos discípulos que el Mesías debía padecer todo eso para entrar así en la gloria del Padre (cf. *Lc 24, 26*). Ahora, en el momento de dejar la tierra para volver al cielo, pide a los «suyos» que se conviertan en testigos de esos hechos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y en todo el mundo.

La enseñanza que deberán propagar no es un sistema abstracto de ideas, sino la *Palabra relacionada con una realidad viva*. Y precisamente en virtud de esa Palabra, la Iglesia se difundirá en todo el mundo.

Esta Palabra, llevada más allá de los confines de Palestina por los primeros testigos, *ha engendrado una multitud innumerable de nuevos testigos* en todos los rincones del mundo. No conocemos los nombres de la mayor parte; pero la Iglesia guarda un vivo recuerdo de algunos de ellos. Por ejemplo, de los que hoy son proclamados beatos aquí, en Turín: Teresa Bracco,

Giovanni Maria Boccoardo y Teresa Grillo Michel.

2. *Don Giovanni Maria Boccoardo* fue un hombre de profunda espiritualidad y, a la vez, un apóstol dinámico, promotor de la vida religiosa y del laicado, siempre atento a discernir los signos de los tiempos. Escuchando, en la oración, la palabra de Dios, maduró una fe vivísima y profunda. Escribió: «Sí, Dios mío, lo que quieres tú, lo quiero también yo».

Y ¿qué decir de su infatigable celo en favor de los más pobres? Supo acercarse a todas las miserias humanas con el espíritu de san Cayetano de Thiene, espíritu que infundió en la congregación femenina que fundó para el cuidado de los ancianos y los enfermos, y para la educación de la juventud. Hizo suya la invitación evangélica: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia» (Mt 6, 33).

Como el santo cura de Ars, del que era devoto, indicó a sus parroquianos, con su palabra y sobre todo con su ejemplo, el camino del cielo. El día de su ingreso en Pancalieri como párroco, dijo a los fieles: «Vengo aquí, queridos hermanos, para vivir como uno de vosotros, como vuestro padre, vuestro hermano y vuestro amigo, y para compartir con vosotros las alegrías y las penas de la vida (...). Vengo como servidor de todos, y cada uno podrá disponer de mí, y yo me consideraré siempre dichoso y feliz de poderos servir, buscando sólo hacer el bien a todos».

Se declaraba siempre hijo devoto de la Virgen, y a ella recurría con constante confianza. A una persona que le preguntó: «¿Es tan difícil ganar el Paraíso?», le respondió: «Sé devoto de María, que es su .puerta., y entrarás». Su ejemplo sigue vivo en la memoria de la gente, que a partir de hoy puede invocarlo como intercesor en el cielo.

3. Otro testigo de luminosa caridad evangélica es *Teresa Grillo Michel*, llamada por el Señor a difundir el amor, sobre todo entre los más pobres, mediante la congregación, fundada por ella, de las Hermanitas de la Divina Providencia.

De familia aristocrática y rica, siguió primero la vocación al matrimonio, casándose con el capitán de los *bersaglieri* Giovanni Battista Michel; pero, al quedar viuda a los 36 años, sin tener hijos, se sintió impulsada a entregarse completamente al servicio de los últimos. Así, se convirtió en madre de muchos abandonados: huérfanos, ancianos y enfermos. «Los pobres aumentan cada vez más, y quisiera poder extender mis brazos para acoger a muchos bajo las alas de la divina Providencia», dijo cuando comenzó su obra en Alessandria, su ciudad natal.

En el centro de su vida espiritual y de la vida de sus religiosas está la Eucaristía, cuya imagen quiso que estuviera muy visible en el hábito religioso. Teresa se inspiraba y sacaba fuerzas de su prolongada oración ante el santísimo Sacramento para su entrega diaria, así como para sus valientes iniciativas misioneras, que la llevaron muchas veces a Brasil.

Esta generosa hija del Piamonte sigue las huellas de los santos y beatos que, a lo largo de los siglos, han llevado al mundo el mensaje del amor divino a través del servicio efectivo a sus hermanos necesitados. Demos gracias a Dios por el vivo testimonio de santidad de esta mujer, que enriquece a vuestra región y a la Iglesia entera.

4. Si en Giovanni Maria Boccardo y Teresa Grillo Michel resplandece sobre todo la virtud de la caridad, en *Teresa Bracco* brilla la castidad, defendida y testimoniada hasta el martirio. Tenía veinte años cuando, durante la segunda guerra mundial, prefirió morir con tal de no ceder ante la violencia de un militar que atentaba contra su virginidad. Esa actitud valiente era la consecuencia lógica de una firme voluntad de mantenerse fiel a Cristo, según su propósito manifestado muchas veces. Cuando supo lo que había sucedido a otras jóvenes en ese período de desórdenes y violencias, exclamó sin dudar: «Antes que ser profanada, prefiero morir».

Eso fue lo que sucedió durante una redada. El martirio fue el coronamiento de un camino de maduración cristiana, realizado día tras día, con la fuerza que le daban la comunión eucarística diaria y una profunda devoción a la Virgen Madre de Dios.

¡Qué significativo testimonio evangélico para las jóvenes generaciones que se acercan al tercer milenio! ¡Qué mensaje de esperanza para quien se esfuerza por ir contra corriente frente al espíritu del mundo! Sobre todo a los jóvenes les señalo el ejemplo de esta muchacha, que la Iglesia hoy proclama beata, para que aprendan de ella la límpida fe testimoniada en el esfuerzo diario, en la coherencia moral sin componendas, y en la valentía de sacrificar también, si fuera necesario, la vida para no traicionar los valores que dan sentido a la existencia.

Pensando en el ambiente rural en que creció Teresa, me complace dirigir unas palabras de afecto a los agricultores de la región de Langhe y de todo el Piamonte, que han venido en gran número hoy para rendirle homenaje y encomendarse a su intercesión. También quisiera enviar mi saludo a las monjas de la cartuja de la Trinidad, situada cerca de la zona donde tuvo lugar el martirio de Teresa. Estas hermanas nuestras, fieles a la regla que las consagra a la oración y a la contemplación, en la soledad y el silencio, aunque están ausentes físicamente, se hallan presentes espiritualmente en esta solemne celebración.

5. Las figuras de los nuevos beatos nos remiten con el pensamiento al cielo, en el que entró el Señor en el misterio de su Ascensión. Nos ha hablado de él en términos muy sugestivos la *carta a los Hebreos*, poniendo ante nuestros ojos a Cristo que penetró como sumo Sacerdote, no «en un santuario hecho por mano de hombre (...), sino en el mismo cielo (...), para la destrucción del pecado mediante su sacrificio» (*Hb* 9, 24. 26). Se trata de una perspectiva que nos permite comprender mejor *el mensaje* de la Sábana santa, icono conmovedor de la pasión de Cristo. Doy gracias al Señor porque me ha dado la oportunidad de volver a Turín para contemplar esta tarde, una vez más, este extraordinario testimonio de los sufrimientos de Cristo.

Me alegra saludar nuevamente a todos los presentes, comenzando por el arzobispo de Turín, el querido cardenal Giovanni Saldarini, así como a los obispos del Piamonte y a las autoridades civiles, en especial al representante del Gobierno italiano. Saludo al clero, a los religiosos y a las religiosas, a los laicos comprometidos y a todos los presentes, en particular a los peregrinos que han venido con devoción a rendir homenaje a la Sábana santa.

¡La Sábana santa! ¡Qué elocuente mensaje de sufrimiento y amor, de muerte y vida inmortal! Nos permite comprender las condiciones a través de las cuales quiso pasar Jesús antes de subir al cielo. Este preciosísimo lienzo, con su elocuencia dramática, nos ofrece el mensaje más significativo para nuestra vida: la fuente de toda existencia cristiana es la redención que nos consiguió el Salvador, que asumió nuestra condición humana, sufrió, murió y resucitó por nosotros.

La Sábana santa nos habla de todo esto. Es un testimonio único.

6. Los beatos que hoy veneramos por primera vez acogieron e hicieron suyo ese mensaje salvífico. Al contemplarlos, la Iglesia exulta. Exulta en el Espíritu, porque en ellos ya vislumbra la patria celestial, la casa gloriosa de Dios, en la que nos esperan a todos. «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones (...); voy a prepararos un lugar» (*Jn 14, 2*), dijo Jesús a sus discípulos la víspera de su pasión. Los nuevos beatos ya llegaron al lugar que les preparó Cristo, tras su ascensión al cielo.

Ahora el compromiso pasa a nosotros, peregrinos, aún de camino en la tierra. Después de la Ascensión de Jesús, dos ángeles preguntaron a los Apóstoles: «¿Qué hacéis ahí mirando al cielo? El mismo Jesús (...) volverá» (*Hch 1, 11*). La pregunta va dirigida también a nosotros: ahora estamos en el tiempo de la espera, activa y vigilante, del regreso glorioso de Cristo.

Nuestro espíritu, animado por una gran esperanza, se alegra e invoca: «¡Ven, Señor, Jesús!». Y la respuesta, recogida en el libro del *Apocalipsis*, colma de alegría nuestro corazón y el de todo creyente: «Sí, vengo en seguida. Amén» (*Ap 22, 20*).